

*(De las notas eróticas de Nelu Sanepidu)*

### **MARIANA B. BUCAREST. BARRIO MILITARI**

*Supé desde el principio, querido Iuliu, que a Bucarest tenía que acercarme con prudencia. Como cualquier provincial en cuyo subconsciente se mezclan en dosis imprevisibles la admiración, la envidia y el desprecio por el “Centro”, por la capital, tenía sobre Bucarest, sobre su estructura humana profunda, representaciones más bien librescas y, por supuesto, exageradas. Pues mi visión se había quedado, por decirlo así, algo interbética, de los tiempos en los que consideraba que la gente de bien, “la pequeña París”, la aristocracia de sangre y espíritu de la ciudad estaban circunscritas en un perímetro bastante reducido y, en el fondo, bastante vago, que comprendía Calea Victoriei (donde me imaginaba a Eliade y Cioran paseando cual peripatéticos junto a las faldas de Sorana Țopa), Cotroceni (con la villa en la que había vivido, al escapar de forma inverosímil de la cárcel, Ion Barbu), la calle Mântuleasa (también de Eliade, por supuesto) y el matorral de la carretera donde se disparara Urmuz.*

*Y el resto de Bucarest era para mí un arrabal, pero ni siquiera celeste, sino simple y llanamente el arrabal del que habían salido los héroes de Eugen Barbu, G. M. Zamfirescu, I. Peltz o donde se habían guarecido todos los campesinos hijos de la patria.*

*Por supuesto, me bastaron dos o tres inspecciones a la Estación del Norte para darme cuenta de que las cosas no son – puede que ni siquiera lo hayan sido alguna vez – precisamente así, que “los mundos” se habían contaminado de forma decepcionante y que si en una casita modesta de la periferia, con patio y botas en la puerta, podías sorprenderte al encontrarte con una pareja de viejecillos que se llaman Ghica o Cantacuzino, tampoco habrías de asombrarte cuando en el corazón de la feria, a dos pasos de la Embajada Americana, empujando el masivo portón de hierro forjado de un venerable edificio levantado por nuestros arquitectos al estilo Haussmann, te veías rodeado de una numerosa y locuaz familia de gitanos que vivía justo allí, en el semisótano. Así que, desde la perspectiva de mi esfuerzo por encontrar siempre aquel eterno, femenino spiritus loci, tenía que estar atento a que no fuera a ser que, atraído por la engañosa hermosura, fresca y proletaria, de una sobrina del pueblo alojada en la calle Londres, olvidara atacar a la propia anfitriona, una tía más madura, más rubicunda, pero que respiraba desde hacía tres generaciones el aire noble del barrio residencial.*

*Al descender a nuestra querida Capital, no me entró ninguna prisa por “cariñear”, como dices tú, querido Iuliu, aunque ocasiones tuve. Me conformé con contemplar sus conmovedoras mujeres, sus hermosos edificios situados en una suntuosa ruina, las terrazas llenas de sol a sol, la indiferencia a la Caragiale de los comensales y, por encima de todo, la extraordinaria alegría que*

da el anonimato. ¿Recuerdas que el volumen de debut de nuestro amigo, el poeta Eugen Suciu, también él de Transilvania, se llamaba precisamente así, **La alegría del anonimato**? Pues bien, esta alegría, cuando me encuentro en Bucarest, la siento en todos los poros y si se pudiera, me mudaría inmediatamente a vivir allí. A ti no te gusta la Capital. La consideras demasiado caótica, vulgar, sucia, ruidosa, **sin conciencia**, como tú dices. Será así, pero en Cluj, Timișoara, Iași, Târgu-Mureș, por no hablar de nuestro ilustre pueblo, indiferentemente del paso erótico que hagas, a las veinticuatro, o venga, cuarenta y ocho horas, lo sabe todo el mundo. Mientras que en Bucarest, querido Iuliu, puedes acostarte meses y meses con la vecina del bajo y nadie tiene ni idea. A veces te olvidas hasta tú.

En esto veo yo el carácter parisino, europeo, mundial, universal – llámalo como quieras – de Bucarest, en el anonimato fértil que te ofrece. En esta ciudad, en grandes zonas, puedes ser quien quieras, puedes fingir ser cualquiera y, por lo menos un tiempo, que te crean.

Supongo que todavía te acuerdas de mi chaqueta de tweed, la única, por otra parte, algo decente que tengo. La cuarta o quinta vez que vine a la Capital, justo después de mi revelación de aquella mañana, me decidí a atacar. Me puse una camisa de flores, la chaqueta, los pantalones crema que me compré en el simposio aquel con Rebreanu de Bistrița, me dejé la piel sacando brillo al segundo par de zapatos, me puse calcetines negros y, equipado de esta manera, aprovechando la falta de atención del portero y del recepcionista del Hotel Intercontinental, birlé de una mesita del recibidor un Washington Post, después salí rápidamente y me instalé enfrente, en la terraza del bloque Danubio, aquel que se cayó con el terremoto y que sustituyeron con el horror que es ahora. En el bolsillo de abajo a la derecha de la chaqueta tenía un paquete empezado de Kent, en el de la izquierda uno entero de BT y en el interior, del pecho, uno, algo estrujado, de Carpați sin filtro. Tú sabes qué claro significado tienen las marcas de cigarrillos, sobre todo en los pueblos, en las bodas. Si eres de ciudad y fumas Carpați sin filtro, eres en general un muerto de hambre simpático. Si fumas BT significa que vas por buen camino, un poquito más y llegas a ser algo. Si en cambio fumas Kent, has llegado, eres Alguien, un hombre de peso en el que se puede basar la gente, un poco por encima de un activista de partido Central que, por modestia patriótica, no se permite dar caladas a los Kent, sino que se conforma con el lujo autóctono de los cigarrillos Snagov. Pero tú, con el cigarro fino, blanco, elegante, en la comisura de la boca, pareces pertenecer a una secta invisible, a una especie de Rotary Club secreto socialista, pero situado por encima del socialismo, así como algunas mañanas de primavera puedes ver pedazos compactos de niebla flotando fosforescentes sobre un campo salpicado de basura.

No tuve que esperar mucho. Sobre el Washington Post que fingía leer vi como en una mesa vecina, justo delante de mí, se sentaban dos tías. Una de ellas, todavía adolescente, rubita e inexpresiva, se veía de lejos que era de pueblo, por la manera en que miraba prudente a su

*alrededor y cómo tiraba todo el rato del vestido sobre las rodillas, unas rodillas prominentes, de jugador de rugby, y con las marcas frescas, seguramente de escardar o desherbar, de unos arañosos. Retengo el raro detalle, y para mí de alguna manera incómodo, de que su vestido de flores tenía impreso aproximadamente el mismo modelo que mi camisa, como si hubiera querido parodiarme. Se me pasó esa estupidez por la cabeza (a veces puedo ser muy estúpido, lo reconozco, y tú, querido Iuliu, lo sabes demasiado bien) de que “el mundo es un pañuelo” y así que todavía más la camisa y el vestido. En fin...*

*Sin embargo, la otra valía su peso en oro. Si Ilie Moromete hubiera tenido cuatro chicas en vez de cuatro chicos, seguro que la chica que tenía enfrente habría podido ser una de ellas. Una especie de Nilă, el tonto del pueblo, en femenino. De estatura media, unos 25 años, era la propia personificación de la idea de robustez. Su poderoso pecho, recogido en los arneses del sujetador, parecía apunto de romper la blusa de lino enriado, como se llevaba aquella temporada, y su falda de piel marrón apenas conseguía mantener juntas, en una precaria solidaridad, las piernas musculosas, cortas, que bajaban de las caderas en forma de V, como las ruedas de los excepcionales camiones “Tatra”. Como un día antes, al no tener nada que hacer, había pasado por el malecón del Dâmbovița y había mirado desde lejos con una mezcla de respeto y miedo la silueta gigantesca de los muros de la Casa de la República, bauticé en el momento a la masiva aparición que tenía delante “mujer de la República”.*

*Ella también se fijó en mí, de inmediato, con una fría curiosidad. Por otro lado, tampoco era complicado: con el Washington Post, con el Kent y el vaso de coñac esmaltado (por qué le gustan tanto a la mayoría de las mujeres los vasos esmaltados, es algo que jamás he entendido) llamaba, naturalmente, la atención. Doblé el periódico, probé el coñac, encendí un cigarrillo y miré ausente a algún sitio a su derecha, pero conservándola todo el tiempo en el rabillo del ojo. Sacó del bolso un paquete de Snagov, una caja de cerillas (vi de pasada que llevaba una alianza) y cuando la camarera se paró junto a su mesa pidió alto, con voz cantarina, dos refrescos, un café y un vodka “pequeño, por favor”. Esto me gustó: el vodka parecía el combustible ideal para reanimar esta maquinaria de tremendas chuletas bávaras que funcionaba, de momento, al ralentí.*

*Y aquí, querido Iuliu, siento la necesidad de entonar con mis débiles fuerzas, pero con completa sinceridad, un himno de reconocimiento a la economía planificada rumana, a sus héroes, a sus aberraciones, a sus desastres. Porque ¡no sé si te has fijado! – yo, en cualquier caso, lo he hecho – invariablemente, cuanto peor funciona todo en este país, más crece – diría que proporcionalmente – nuestra sensualidad, libido, y a veces – ¡tengo pruebas! – incluso el sexo, propiamente dicho. Todo nos conduce, nos dirige, nos guía hacia el sexo: los radiadores fríos en invierno, la falta de agua caliente, los cortes de luz, las noticias de por la tarde que se unen incestuosas con las de la noche, los mamuts industriales y los viveros de los institutos que nos*

ponen delante de las narices rubicundas e inocentes vírgenes venidas desde los pueblos, impulsándonos al ritmo de las forjas, de los martillos neumáticos, de los fuelles y las prensas:

“MAKE LOVE! MAKE LOVE! MAKE LOVE!” Todo, en una palabra, es una invitación, licenciosa y desvergonzada, a pasar bajo el edredón.

Me vas a decir que esto no tiene nada que ver con la terraza Danubio y con mi Nilă, “mujer de la República”.

¡Pues tiene! Decía que había sacado un paquete de Snagov y una caja de cerillas. ¡Error! ¡Por tres veces error! ¿Cómo por tres? ¡Por cinco veces error! ¿Has adivinado? ¡Chibritul de Brăila! Producido por el trabajador colectivo de hombres del trabajo de la ciudad que está junto al Danubio, que solamente en el primer semestre del año en curso informaron al Partido, a su Secretario General, que habían cumplido el plan en todos los indicadores de base, aumentando la productividad del trabajo y obteniendo de esta manera en el ámbito de las competición socialista y por primera vez en el mundo ¡LA CERILLA QUE NO SE PRENDE NI AUNQUE LE CUESTE LA CABEZA! Chisporrotea, cruje, echa humo, echa y come ascuas, pero no se prende. Nunca.

No salté como un paleta, sino que me levanté elegantemente y le ofrecí fuego de mi Zippo. (Tú me lo regalaste, aquella vez, de pesca, no lo he olvidado. Muchas gracias). No diría que se sorprendió, sino que con una especie de extraña voz cantarina, como si hubiera pronunciado una réplica sobre el escenario, en la ópera, me dijo “gracias” (mi-mi-sol). “De nada”, dije yo con el mejor acento yankee que pude sacar y me escurrí, inclinándome, hacia mi mesa. Apenas ahora, oyéndome, creo que se sintió algo contrariada. Hasta la rubita tímida que hasta entonces había mantenido la mirada sobre el tablero de la mesa y movió un poco las rodillas rasguñadas y me miró a hurtadillas.

Me sumí de nuevo, ciego, en el Washington Post. Vino la camarera con los refrescos, el café, el vodka. Mi Nilă se humedeció levemente los labios, puso los codos sobre la mesa y después preguntó (si bemol-fa-fa-fa-fa-fa-si bemol): “¿Qué tal la yaya?”. “Bien”, respondió la rubita y esta vez me tocó a mí levantar la vista asombrado: la chica tenía una voz que daba miedo, de cripta, en contraste total con su aspecto de angelito rural, como si sus cuerdas vocales hubieran evolucionado separadas y mucho más rápido que el resto del cuerpo, tanto que parecía que él, el cuerpo, no tenía más de 15-16 años, ella, la voz, estaba cerca de los 60. “¿Sigue plantando los pimientos colorados ella misma?” cantaba Nilă. “Sí, ella misma”, respondió el ventrílocuo rubito. “Pobrecilla”, constató neutral Nilă, después le señaló con la mirada el bloque Danubio: “Mira, este se cayó con el terremoto”. La chica se dio la vuelta y echó una ojeada inexpresiva al espanto ceniciento.

En su segundo cigarro no tuve que intervenir yo, sino que Nilă, con una incómoda sonrisa, entonó: “Perdone, sería tan amable de... estas cerillas...” Dejé el Washington Post, me levanté y

respondiendo a su sonrisa incómoda con otra, de vasta comprensión humana, le encendí el cigarrillo. Esperé un segundo y después le dije con el mismo acento yankee: “Perdonen, pero ¿no sabrán dónde existe en Bucarest el Museo de la Aldea?”. “¿El Museo de la Aldea? – y a Nilă se le pusieron los ojos como platos. – Ehhh... ahhh... no está lejos. Cómo decirle... ¿conoce Bucarest?” Evidentemente, no lo conocía. “Cómo explicarle... ¿pero no quiere sentarse?” “¿Puedo...?” y señalé el Washington Post, el Kent y el coñac. “Sí, claro, ¡cómo no!”. Los transferí a su mesa y extendí la mano: “Dagmar Stratulat junior. Me alegro de conocerlas”. “Mariana – dijo Nilă tras un instante de sorpresa, alargando rápido un conjunto de dedos lozanos. Ella es mi prima, Steluța”. “Encantado”, dije y de inmediato, estrechando suavemente la mano de la prima, me di cuenta de que había tenido razón: Steluța había escardado hace poco. “No es usted de aquí”, dijo Mariana. “No. Es decir, de alguna forma soy de aquí, por mi padre, él nació en Bucarest... yo en cambio...” “¿Usted?” “¿Sí?” “¿Usted dónde nació?”. “En Dallas, Texas”. “¿En Dallas?! – dijo encantada Mariana, como si acabara de descubrir que había nacido en su aldea. – ¡¿En la misma Dallas?!” “No, en un municipio al lado de Dallas. Sin embargo actualmente resido precisamente en Dallas”. “¡Pero qué bien sabe usted rumano!” “Papá – respondió. – Papá es un fanático de la lengua rumana. (Sabes bien, querido Iuliu, que papá, que Dios le tenga en su gloria, justo eso es lo que nunca fue. Por eso murió al volante: no pudo leer rápidamente lo que estaba escrito en aquella desgraciada señal). Él me obligó a hablar en casa solamente rumano – seguí diciendo. – También tuve una canguro originaria de Transilvania con quien también conversaba solamente en rumano. Antes de ir a la escuela americana, aprendí a escribir y a leer en rumano”. “¡Extraordinario” – dijo Mariana. – ¿Y había estado antes en Rumanía?” “No. Es la primera vez. Pero he de pedirte un favor, Mariana. Y a ti, Steluța. Nosotros en América tenemos la costumbre de llamarnos directamente por el nombre, por el nombre de pila. No sé exactamente cómo se dice en rumano...”. “Tutearnos”, me ayudó Mariana. “Tutearnos”, repetí. “No sé si voy a poder... – vaciló Mariana. – Dagmar. ¿Qué nombre es ese?”. “Sueco. Mamá es sueca. Aquí papá cedió, no tuvo nada que hacer. Quiere muchísimo a mamá. Ella quería bautizarme Găvrilă, por el abuelo, pero mamá se opuso. Me puso este nombre, Dagmar, por su abuelo. A mí tampoco me gusta, pero es lo que hay”. Hubo una pausa en la que Mariana bebió algo de vodka que apagó con refresco, y a mí me dio la extraña sensación de que la prima Steluța, con su naricilla de sentido común, me había olido y no se creía ni jota de lo que yo nasalizaba por allí. “Y... ¿qué haces en Rumanía?”, dijo Mariana. Estaba bien. Iba por el buen camino: habíamos pasado a tutearnos. “He venido a comprar sondas”. “¿A comprar qué?!” “Sondas. Sondas de petróleo. Tenéis las mejores sondas del mundo, fabricadas en las plantas 1 de Mayo de Ploiești”. “Sí que he oído algo... – dijo Mariana. – ¿Tan buenas son?” “Habéis batido todos los récords mundiales en las horadaciones. Son verdaderamente extraordinarias”. “¿Y para qué quieres sondas?”. “No yo, mi padre. Él es dueño de campos

petrolíferos. Tiene unos terrenos en el suroeste de Texas de donde extrae petróleo crudo”. “¡Como J.R.!” – dijo animada Mariana. “¿Perdón?”. “¡Como J.R.! ¿No lo conoces? ¡La serie Dallas! ¡La familia Ewing! ¡Cómo no vas a conocerla! ¡Se grabó en vuestra ciudad!”. “No veo demasiado la televisión”, dije yo. “La ponen los sábados por la noche”, dijo bruscamente la prima Steluța y una vez más estuve a punto de sobresaltarme, pues su voz de fumador empedernido en el lecho de muerte parecía burlarse constantemente tanto de los trinos de Mariana como de mi rumano yankee. Bebí el coñac, después dije: “¿Y tú, Mariana? ¿Cuál es tu bussiness?”. “Soy maestra”, dijo ella con simplicidad. “¿Aquí en Bucarest?”. “En el barrio Militari”. “Es una noble profesión”, le dije yo. “¡Sí claro, noble!... – se encogió ella de hombros. – ¡A ti quisiera verte con quince gitanos en clase!” (Es verdad, querido Iuliu, que yo no tengo más que siete). Cambié de tema. “¿Y naciste aquí, en Bucarest?” “Sí, o sea no”. Sorbió de su vodka. “¿Cómo explicarte? Nací en Argeș, en el pueblo, pero mis padres, para darme un futuro, me dieron en adopción cuando tenía tres años a una tía, la hermana de mamá, que trabajaba ya en Bucarest, en la planta de embalado, y me cambiaron el certificado de nacimiento, esa es la costumbre. En mi certificado pone que nací en Bucarest, en la sección Tudor Vladimirescu, pero en realidad nací en Argeș”. “Interesante”, dije yo, pensando que había tenido razón una vez más: Mariana, mi Nilă, no era sino la soberbia y coqueta personificación, de las olas de aluviones humanos de la Llanura del Danubio que de continuo se arrojan sobre Bucarest, tierra negra fértil que se cuele entre los bloques de los barrios marginales hacia el Centro, visible solamente por el polvo que erróneamente llamamos urbano, pero que no es sino la tranquila prolongación de los grandes remolinos que agitan de forma periódica Bărăgan. Ella, Mariana, era en verdad la “mujer de la República”, pues su destino, cambiando lo que había que cambiar, repetía el destino de los miles de trabajadores traídos desde todo el país para afanarse en la Casa de la República y que, muy probablemente, atraídos por el espejismo, por el dinero de Bucarest, no quieren volver nunca a casa, y no son ni pueblerinos ni urbanos, en una “no man land” de la esperanza y decepción.

“¿Y tu marido – dije yo lo más gentilmente posible – tu marido a qué se dedica?” “Es... técnico de coches – se oscureció Mariana. – “Es cerrajero”, dijo el monstruo gutural de Steluța. Mariana le lanzó una mirada asesina. “En mi país es una profesión muy, muy lucrativa – me apresuré a decir. – un técnico de coches gana tanto como un técnico dentista”. “Puede que en tu país, dijo Mariana. Aquí...”. Y hasta me lo imaginé, querido Iuliu. Al marido, quiero decir: un mocetón tranquilo, con el peto, lleno de aceite hasta en el blanco de los ojos, reparando algo, acostado de espaldas bajo una antigualla de autobús que se va a arrastrar unos días después, de costado, por las calles de Bucarest – esto para que la señora Nilă, con el dinero de las horas extras de suplicio del esposo, se pueda comprar un vodka en la terraza “Danubio”. Y en aquel momento, palabra de honor, querido Iuliu, me entró de repente vergüenza y se me ocurrió que tendría que

*dejar de ser el eterno aprovechado aburrido de tantos pequeños desastres familiares, testigo apático de los bovarismos del montón que, como un eco tardío de una tonta sincronización sexual con Europa, han inundado Rumanía. Una vez que ha penetrado en el país, el acto de la lectura hace estragos. Cada contable rellenita, cada maestra peluda, cada esposa pechugona de cura anhela una aventura. El ronquido saludable del esposo, el olor honesto de sus pies, un regurgitar sanitario se convierten desde esta perspectiva en verdaderas catástrofes. Apoyada en la azada, la recia miembro de alguna Cooperativa Agrícola de Producción, madre de tres niños sucios, sueña con que se detenga junto a su parcela un “Masseratti” rojo. Miles de parejas casadas se aburren terriblemente de vacaciones, en los lugares de veraneo, mirando con los ojos vacíos, impasibles, el maravilloso paisaje de la patria. En unos días, en unas horas, por su simple calidad de marido, de cabeza de familia, escrupulosos funcionarios, admirables ingenieros obsesionados por la utopía de un plan, médicos resplandecientes, trabajadores altamente cualificados, mansos policías, campesinos que aman su tierra como a una amante que ni siquiera sigue siendo suya, todos, absolutamente todos se transforman con esta vaga fecundación cultural en unos ignorantes Karenini. Me llega con cinco minutos de observación y diez de conversación para darme cuenta de qué le reprocha al marido y qué es lo que desea su corazoncillo. ¡Un cuarto de hora! ¡Un cuarto de hora en el que puedes destruir una casa, dejar aturdidos a unos niños, hacer polvo los muebles, la nevera de la esquina, la fotografía de boda con los dos de novios sobre el aparador, el servicio de platos conservado intacto de la boda, el posible coche comprado con los interminables créditos al CAR, todo, todo, tiempo en el que ella cree, está incluso orgullosa, que vive el sentimiento de que en su pueblo, en su barrio y en su alma desgraciada ha bajado por un tiempo algo del augusto espíritu aventurero, de la existencia soberbia, de póster multicolor de Carolina de Mónaco. Como si la Carolina esta fuera mejor que ellas...*

*En estas condiciones, como dice nuestro propagandista, ¿como no elevar, querido Iuliu, un sincero elogio al esposo, al Esposo con E mayúscula, al hombre simple que desciende sobre su mujer con la misma eficiencia y economía de movimientos con la que repara un enchufe? ¿Cómo no admirar a este ser en cuya sangre permanece pura, poderosa, la idea de familia, el sentido de su vida, apoyo diario de su existencia, de su trabajo tenaz? ¡Él, el hombre en camiseta de tirantes, que el domingo repara alguna que otra cosa por casa, que llega tarde de vez en cuando al volver de tomar una cerveza con sus amigos, que se desenvuelve perfectamente en los tristes casos de los entierros de los familiares, consiguiendo ataúd, cruces, camión, toallas, coronas y que conserva la compostura en medio del lamento general, que quiere con sobria pasión a sus hijos y profesión, que se permite solamente dos o tres diminutos vicios (el fútbol, el backgammon), él, el pilar de cualquier sociedad seria, sea socialista, él es la víctima de nuestros tiempos! ¡Cuántos insalubres defectos suyos no me confesaban, por supuesto, inventándolos, sus esposas, si puedo expresarme de*

esta manera, a la vez que, querido Iuliu, mi mano transparente se paseaba por sus muslos que suspiraban! ¡Qué porquerías pronunciadas como queja, como justificación, han oído mis oídos a costa de este hombre inmenso, el esposo, en las pausas en las que, con una fascinante hipocresía, ellas se pegaban a mí y alababan mi cuerpo! ¡Por otra parte, ninguna impresionante dedicación en el lecho, que el resto de adolescente que quedaba en mí observaba emocionado con el rabillo del ojo, podía cohibir el lúcido desprecio por hacer el amor por la hemorragia de una nostalgia. En alguna parte en la oscuridad de la habitación se coagulaba, como una imagen parecida a aquellos Cristos tristes, narigudos, pintados en cristal, su rostro sufriente, el del esposo vencido.

Pero no te asustes, querido Iuliu: esta vergüenza, este remordimiento, se me pasó en seguida. Sabía que un día o dos después entraría con mi Nilă en el Museo de la Aldea, aquel, para mí grotesco museo panóptico de nuestra civilización perdida. Y además sabía que allí viviría un placer similar a la extraordinaria felicidad, demente, experimentada al coquetear exitosamente en un restaurante, con la mirada, con una soberbia chica sentada dos mesas más allá, descontenta con su novio que, inconsciente y pecoso, exactamente en este intervalo le está acariciando la mano.

“¿Cuánto cuesta aquí un guía?”, cambié yo de tema. “¿Qué guía?”. “Los especialistas que te presentan un museo, un castillo, una ciudad...”. “No tengo ni idea”, dijo Mariana. “En mi país, en los Estados Unidos, cuesta mucho, es una profesión lucrativa”. “¿Pero por qué lo preguntas?”. “Pensaba en el Museo de la Aldea, en contratar a un guía, para saber por donde paseo y qué es lo que veo”. Mariana cambió rápidamente una mirada con Steluța. “Si no te molesta, puedo ir yo – dijo ella. – ¡He estado tantas veces con los alumnos...!”. “¡Sería francamente cool! – exclamé yo, abrumado. – ¿En serio voy a tener la suerte de contar con semejante guía?” “¿Y cuándo quieres ir?” Se me ocurrió que no tenía ningún sentido alargarlo ya que la había encontrado y me habría ido con ella en ese mismo momento, pero ¿qué hacía con Steluța? Estaba convencido de que no se habría separado de nosotros ni muerta. “Mismamente mañana, si puedes”. Mariana frunció el ceño: “¿Mañana? Sí, pero solamente después de comer. Tengo clase hasta las doce”. “¿A las tres está bien?” “Está bien. Pero ¿dónde me esperas?” (No dijo nos esperas, o sea que dejaría a la joven viejecilla en casa). “En la entrada. Ya la encontraré yo”. “Está en la Șosea Kiseleff, junto al parque Herăstrău. Todo el mundo lo sabe”. “O.K.”, dije y le hice una señal a la camarera, pagué, a pesar de las protestas algo pálidas y cortas de Mariana, todo, y me levanté: “He de irme. Tengo un business. Ahh, que no se me olvide: si no te importa... ¿cuál es tu apellido?”. “Pancu – dijo ella asombrada. – ¿Por qué?”. “Ahora mismo te lo digo. Y la escuela donde enseñas, ¿cómo se llama?” “Escuela General 157”. “Llevo un diario de viaje – le expliqué – y me anoto el mayor número de detalles sobre las personas más interesantes que conozco, para que después, al llegar a casa, pueda rehacerlos lo más fielmente de memoria. Y los detalles me ayudan muchísimo. Por ejemplo, conocí en París a una tailandesa, creo que muy agradable, pero olvidé apuntar su

nombre. Llegué a Dallas, no la pude recordar, ni siquiera su aspecto”. Mariana comenzó a soñar: “¡Has estado en París...!” “He estado casi en todas partes”, dije yo con modestia, yo, que, como sabes, Iuliu, no he salido no hasta Ruse, en Bulgaria. “Entonces, hasta mañana, a las tres”. “Bye, bye”. “Bye, bye”, dijo Mariana también.

Y no me quedé de brazos cruzados. Me fui de inmediato al Inspectorado General de Educación de la Capital, en “6 Martie”, saqué mi eterna identificación de colaborador del “Scântei tineretului”, se lo enseñé a un portero pequeñajo, pero, para mi sorpresa, amable, y le pregunté qué camarada inspector responde por la enseñanza de las clases I-IV. “El camarada Gavrilă”. Estuve a punto de echarme a reír: ¡el inspector tenía mi nombre fracasado de americano! “Y el camarada inspector general... eh...estooooo...” “El camarada Junga”, dijo solícito el portero. “¿El señor cuándo da audiencias?”. “El miércoles, de las diez a las doce”. Le estreché la mano con sincera calidez al portero y me fui hacia los teléfonos. Cogí la guía de Bucarest y anoté el número de la Escuela General 157 del distrito 6. Llamé desde allí, desde un teléfono público. Respondió una voz de mujer. “Soy Gavrilă, del Inspectorado General. Con la camarada directora adjunta, por favor”. (Dije “adjunta” porque presupuse que un inspector de la Capital debía tener en su carpeta de la oficina una lista con los nombres de las directoras, es decir, habría tenido que solicitar “con la camarada directora Fulanita”; era, sin embargo, plausible que no tuviera también los nombres de las adjuntas. Suposición válida, como quedó demostrado. Existía, por supuesto, la posibilidad de que la “adjunta” fuera “adjunto” y entonces todo mi plan se caería. Pero fue adjunta). “Un momento, camarada inspector”, dijo, la que seguramente era la secretaria de la escuela y después, tras algunos crujidos y susurros, oí en el receptor otra voz de mujer: “Sí, camarada inspector. La directora Bocăneci al teléfono”. (¡Ajá, me había enterado de su nombre! Para mi diario de viaje...). “Mire por qué la molesto, camarada Bocăneci – dije yo con la más grave voz de bajo que podía sacar. – Hemos iniciado aquí, en el Inspectorado General, a la vista de las últimas indicaciones del camarada Nicolae Ceaușescu de la Pleno sobre problemas de educación de abril, una acción a nivel de la Capital entera, bajo el lema “Conozcamos bien a nuestros compañeros”. Y para comenzar, como una primera medida hasta que ultimemos el plan completo, he decidido junto al camarada inspector general Jinga enviar de nuestra parte a cada miembro del personal docente de Bucarest una felicitación por su cumpleaños. ¿Cree que es una buena idea?”. “Hombre, ¡claro que sí! – se entusiasmó la camarada Bocăneci. ¡Verán como se alegra todo el mundo!”. “Por eso he de pedirle a usted que en el plazo máximo de una semana tenga sobre mi mesa una lista con las maestras y, si existen, maestros de la Escuela 157, con los nombres, fechas de nacimiento y dirección de casa de cada uno de ellos. ¿Puede ser?” “¡Por supuesto! ¡En dos días se la envío!”. “Y he de pedirle un favor más, esta vez de índole personal – y bajé todavía más la voz. – El camarada Jinga tiene un conocido de la familia en su escuela y

desearía saber, porque no está seguro de si es ahora, dentro de unos días, o más adelante, el cumpleaños de la persona respectiva, cuando ha nacido ella exactamente. Quiere darle una sorpresa”. “¿Cómo se llama, camarada director?”. “Pancu Mariana – dije yo. – Es maestra”. “¿Puede esperar un minuto?”. “Claro”. De nuevo se oyeron crujidos, susurros, un chirrido de puerta metálica, después: “Pancu Mariana. Nació el 8 de noviembre de 1962 en Bucarest, distrito Tudor Vladimirescu. Reside en la calle Valea Lungă...”. “Muchas gracias, camarada Bocănesci. El camarada Jinga sabe dónde vive. Era la fecha de nacimiento lo que no sabía”. (Al precisar que el inspector general sabía dónde vivía Mariana, le echaba una mano a la mujer: si hasta el inspector general sabía dónde vivía... ¿No merecía la pena, la pobrecita? Me imaginé la cara que pondría el camarada Gavrilă cuando se encontrara en su mesa una lista llegada de la nada con los nombres, fechas de nacimiento y direcciones de unas cuarenta maestras del barrio Militari. Y me felicité de manera urgente con un profiterol, enfrente, en el “Continental”).

Al día siguiente tiritaba yo bajo una menuda lluvia delante de la entrada del Museo de la Aldea, pero no tiritaba solamente de humedad y frío, sino de nervios, pues junto al portón, en el tablón de anuncios, había un cartón en el que estaba escrito en grande “Cerrado por reformas”. Toda mi estrategia se iba al traste, y esto no porque me hubiera equivocado en algo hasta entonces, sino porque me topaba, la víctima cien mil, con una cosa muy nuestra, de pura metafísica rumana: la metafísica de la reforma. ¿Te has dado cuenta, querido Iuliu, que nosotros no construimos nada hasta el final, sino que renovamos todo el tiempo? ¿Que la Balada del maestro Manole, con aquel muro “abandonado e inconcluso”, es una balada a la eterna reforma? ¿Que hasta nuestro pastor autóctono, en lugar de tomar con decisión el destino en sus manos, lo “reforma”? ¿No consigues comer y beber decentemente en un restaurante nuevito y al día siguiente, cuando te estás recuperando, está siendo reformado! ¿Y qué decir de las carreteras, los monasterios, las mujeres! “El país entero está de reformas”, no de celebraciones – así tendría que empezar la canción esa estúpida que teníamos que aprendernos en el coro, en los cursos bajos.

Mientras rumiaba estos negros pensamientos bajó, hop, de un autobús, Mariana: con paraguas, vaqueros ajustados, cazadora de piel con la cremallera abierta hasta allí donde incluso la mirada de un ciego se habría dirigido instintivamente y con aquel rubor vago de las mujeres en el primer encuentro, cuando no saben si está bien o no lo que hacen. Besé ceremonioso la mano vigorosa y le señalé triste, con la cabeza, el cartel de la entrada. Vaciló un momento, un único momento (es formidable, querido Iuliu, con qué rapidez, al igual que su manera de hablar, encuentran los y las habitantes de Muntenia soluciones para cualquier cosa; mientras que un transilvano, si hubiera visto aquel cartel, habría dicho: “Bueno, pues si están de reformas, no vamos...”, ella me hizo una señal para que esperara, después se dirigió con decisión hacia el portón y picó o llamó, no me di cuenta. Al final, abrió el vigilante, no demasiado borracho.

*Mariana cuchicheó algo, me señaló, el vigilante rezongó. Estaba allí bajo la lluvia, sin plan de reserva y sin paraguas. Mi chaqueta inglesa empezaba a parecerse a Salonta. Con la misma decisión con la que se había dirigido a la puerta, Mariana volvió y me dijo en voz baja: “¿Tienes dólares? ¿Marcos?” ¿Cómo iba a tener? “Los he dejado en el hotel. No tengo más que lei rumanos. No sabía que...”. “Dame cien”, me ordenó ella. Rebusqué, se los di. Mariana volvió al vigilante, le dijo algo al oído, después me hizo una señal para que avanzara.*

*Ron. Ron Jamaica. Eso es lo que había bebido el vigilante: no solamente sentí su olor, sino que además vi la botella en la ventana, en su garita, cuando pasé junto a él y entré.*

*A mí, querido Iuliu, no me gusta el Museo de la Aldea. Puedo entender los esfuerzos, las ambiciones sociológicas de sus iniciadores – Dimitrie Gusti, H.H. Stahl, creo – de situar en unas cuantas hectáreas del Norte de Bucarest decenas de hogares rurales solariegos, de todas las zonas del país, haciendas reconstruidas no solamente arquitectónicamente sino que, en su fase inicial, la interbética, con todo su aliento, con la persona, el perro, el cochinito. Pero me parece una idea no demasiado lejana de la que hubieran podido tener los neoyorkinos si hubieran puesto en Central Park, para que la población de color recordara quiénes son sus antepasados, unas cuantas cabañas de bosquimanos; o los londinenses, en Trafalgar Square, una pequeña reserva abierta de las 10 a las 18, con una apática población zulú que se toma comedida el five o'clock tea. Suerte que el elemento “humano”, tal y como lo habían concebido los fundadores, había desaparecido desde hacía mucho, porque si me hubiera encontrado con no sé qué campesinos “castizos”, “auténticos”, me habría dado la sensación de que le estaba dando los buenos días a unos fetos vestidos con los trajes nacionales, rescatados de un gran bote de formol.*

*Gracias a Dios que el museo estaba desierto. Me dispuse a avanzar hacia la esbelta, verdaderamente espléndida iglesia de madera de tu zona natal, cuando Mariana me tiró suavemente de la manga: “Quiero enseñarte algo”. Tomamos un camino hacia la izquierda y tras unos cincuenta metros nos detuvimos delante de una hacienda. Miré la plaquita descolorida por el sol y la lluvia: “Casa de la aldea Şuici, provincia de Argeş, siglo XX”. Mariana entró en el patio, yo la seguí. La casa de hecho consistía en dos cuerpos pegados en forma de L volcada y en el patio había dos dependencias: un hórreo de varas para el maíz y una cuadra para los animales. Mariana subió unas escaleras en el zaguán de la casa, que daba al caminito, y se detuvo delante de una ventana minúscula, mirando hacia adentro. Se volvió hacia mí, visiblemente emocionada: “Ven a ver esto”. Subí con ella al zaguán y miré: el interior de una estancia de pueblo prebética, con una mesa baja, dos sillas, una estrecha cama cubierta con colchas y atestada de cojines bordados con todos los motivos habidos y por haber, un sólido cofre de la dote de, creo, roble, y en las paredes más de una docena de pequeños tapices en forma de mariposa, también bordados. “Es la habitación de los huéspedes”, susurró Mariana. Exactamente así la tenían también mis abuelos, en*

su casa, adonde íbamos de vacaciones. Todo, todo es igual”. Tenía los ojos húmedos. Quién sabe qué recuerdos la recorrían de su infancia rural. “¿Y no podemos entrar?”, dije. “No creo”, respondió ella, pero miré la puerta y vi que en la cerradura había una llave grande, oxidada. La torcí y la puerta se abrió. A Mariana se le pusieron los ojos como platos, yo la invité a entrar con un amplio gesto, caballeresco, y ella entró llena de pudor. Bajo sus pasos el suelo de madera suspiró como en una desvirginación. Abro ahora un paréntesis. Ninguna mujer, querido Iuliu, absolutamente ninguna, sea ella Mata-Hari, Zoia Kosmodemianskaia, Virginia Woolf, Suzana Gâdea o Maica Clara, se resiste a la prueba del zodiaco. Si adivinas el signo de una mujer al primer intento tienes una puerta abierta de par en par hacia su alma, que no es más que la antecámara del cuerpo, y no al revés, como se dice. De hecho, no tienes que adivinarlo, sino saberlo. Por eso había llamado yo por teléfono, con el camarada Gavrilă, con el camarada Jinga, para averiguar su fecha de nacimiento.

Nos sentamos los dos en silencio en aquella cama estrecha, ella seguramente pensando en su infancia, yo en el vigilante al que le quedaba medio litro de ron, es decir, que tenía pocos motivos para, eventualmente, buscarnos. “Qué rara eres, Mariana”, dije yo después de un largo rato. “¿Por qué?” – se volvió ella curiosa. “No había visto nunca a nadie con tal aleación entre sensualidad y lucidez”. (Uno de mis textos “clásicos”, lo sabes bien, Iuliu). Ella alzó las cejas: “¿Cómo lo sabes?”. “Lo intuyo. Y creo que esta aleación viene tu signo del zodiaco o de tu ascendente”. “¿Y qué signo soy?” Vacilé un momento. “Dame, por favor, tu palma”. Me la dio. Estaba húmeda. “Ahora mírame profundamente a los ojos”. Miró. Había visto ojos muchos más hermosos, pero daba igual. Inspiré, después expiré: “Escorpio”. Su mano se estremeció. “¿Cómo lo has adivinado?!”. “No lo he adivinado, sino que he sentido el campo”. “¿Qué campo?”. “Tu campo magnético. Todo el mundo tiene un campo, un aura magnética, en especial alrededor de la cabeza, de las palmas y sobre todo, con perdón, del sexo. Y el campo posee en general las propiedades del signo en el que nació aquel ser”. “¿Pero de qué sabes todas estas cosas?” – balbució ella. “Hice unos cursos en Miami, Florida”. “¿Qué cursos?”. “De intuición bioeléctrica y, basada en ella, de quiromancia científica”. “¿Sabes leer la mano?!” – exclamó ella. “No leo, Mariana – dije yo tranquilamente, soltando su mano. – Intuyo. Es una cosa totalmente distinta”. “Por favor” – dijo ella y me enseñó la mano. “Pero que sepas, querida, que yo no intuyo cosas, como la línea de la vida, de la suerte, que vivirás mucho, no. Yo puedo intuir, de dos intentos, la fecha de nacimiento”. “¿Sííí?” – dijo ella. “Pero déjame concentrarme un poco. No es fácil”. Le cogí la palma con la mano derecha, con los dedos de la izquierda me masajé la sien cerrando los ojos, después los abrí y cerca de unos diez segundos miré “profundamente” su palma. Me dejé sacudir por un estremecimiento y, estrangulado, dije: “8 de noviembre de 1962. ¡Tremendo! Excepto por el año, es el día en que nació mi padre”. Mariana se había quedado con la boca

abierta. Yo respiraba penosamente, como tras un esfuerzo terrible. Ella retiró la palma y me acarició despacio la mejilla. Entonces la atraje de los hombros hacia mí. Se dejó, blanda. Esa masa de músculos fuertes, indolentes, había desaparecido. A la vez que nos escurríamos hacia la horizontal, me susurró al oído, parafraseando sin querer a Zaharia Stancu: “¡Dagmar, cierra la puerta!”

Nuestros campesinos no eran tontos, querido Iuliu. En una cama grande puedes olvidar, perder a tu compañera; en un lecho estrecho, por mucho que te retuerzas y gires, la vas a sentir todo el rato, vas a resucitar de entre los muertos. Sin embargo, cuanto más deseaba yo hacer el amor de manera normal, “como los pastores”, por decirlo de alguna forma, o mejor todavía, “como los conejos”, con un oído en la puerta, no fuera a venir el vigilante y a suceder un escándalo precisamente en los días del XIV Congreso del PCR, más se le metía a ella en la cabeza, creo, enseñarme que, aunque había nacido en un pueblo, en una Rumanía que ay de ella, no tenía nada que envidiar, en técnica, que aquellas chavalillas americanas adiestradas en erotismo en los campamentos de hippies, en las noches de “flower-power” o en las orgías con cocaína. Seguramente había visto alguna película porno en vídeo, porque me giraba y retorció que daba gusto.

Pero de esto resultó una gran ventaja: retorciéndome, por un lado, por otro, poniéndome por el suelo, a cuatro patas, me permitió la pausa para mirar a mi alrededor y que me pasaran una vez más por delante, como si yo fuera una cámara de vídeo en continuo movimiento, todos aquellos objetos e imágenes del cuarto. Y, de repente, en aquella confusión, tuve, querido Iuliu, la revelación fulgurante de la unidad de nuestra antiquísima civilización y espiritualidad, porque en cualquier casa de pueblo de cualquier rincón del país verás un lecho estrecho, un cofre con el ajuar, sillas y suelos de madera, alfombras, tapices grandes y pequeños y colchas bordadas. Ya no estaba haciendo el amor con Mariana X, sino con un arquetipo femenino en un espacio arquetipal.

Solo que el arquetipo, como cualquier arquetipo, no tenía pensado cansarse, sino que incluso de vez en cuando sacaba un ronco, horrible “¡Ah, Dagmare!”, que, evidentemente, me transportaba a un territorio totalmente distinto de aquel cárpato-danubiano-póntico.

Cuando alcancé una postura más o menos razonable, le dije algo al oído. Creía que iba a sorprenderle y probablemente así fue, pero no demasiado, no como me esperaba, porque se levantó, en fin, se sujetó el pelo a un lado con una horquilla urbana y dijo: “¿Cuántos seríamos?”. “Seis – dije yo. – Tres parejas. Una de ellas, canadiense, esposo y esposa, ambos trabajan en la Central atomo-eléctrica de Cernavodă, y los fines de semana vienen a Bucarest. Pero son buenas personas, sin prejuicios”. “No sé, no sé si podré venir”, murmuró ella, después recogimos nuestra ropa del suelo, volvimos a estirar las mantas y colchas revueltas, salimos, pasamos junto al portero en su garita al que no habrían podido levantar ni las trompetas de Jericó y nos separamos en el

*Arco de Triunfo, ella se fue hacia el tranvía 41, yo hacia la Biblioteca de la Academia, te diré en otro momento el porqué.*

*Y heme aquí, querido Iuliu, al día siguiente, a mediodía, escondido tras la estatua de Enescu de la Plaza de la Ópera, con los ojos fijos en la salida del metro en “Eroilor”, para ver si aparecía ella, Mariana, la mujer de la República. A la izquierda se divisaban los pisos superiores de la Casa del Pueblo, a la derecha el masivo edificio de la Casa Radio, al estilo de Albert Speer, y detrás, trasladada y escondida detrás de los bloques de “Stirbey Voda”, se intuía dormitando la Iglesia de San Ștefan, o “el nido de cigüeñas”, como la llamaban los feligreses; es decir todo este espacio como un terrestre, socialista Triángulo de las Bermudas en el que había desaparecido, tragado por las palas y volquetes, el barrio patriarcal Uranus entero.*

*Y mírala a ella, a Mariana, a la una y media en punto, como habíamos quedado, saliendo del metro y avanzando valientemente por este triángulo hacia una orgía ilusoria. Cobarde y puerco, puse pies en polvorosa por detrás de la estatua por el parque de la Ópera hacia la Casa de Cultura de los Estudiantes. Más tarde me imaginé cómo habría estado esperando, la pobre, allí, al principio nerviosa, esperanzada, un cuarto de hora, después asombrada media hora, para después, al final de una hora entera, con odio hacia este yankee desnaturalizado, hacia estos americanos hipócritas que, como a sus abuelos de los años 50, la dejaron esperando en vano. Y se me ocurrió, querido Iuliu: qué cosas: otro golpe al imperialismo.*